

así como Godoy lo puso también en conocimiento de su confidente Izquierdo. La carta del rey fué presentada á Bonaparte por el príncipe de Masserano, que seguía representando á España en París. Al leerla, prorumpió Napoleon en arrebatos de cólera, ó verdadera ó fingida, y en amenazas y denuestos, negando haber recibido carta alguna del príncipe español (cuando algún tiempo mas adelante fué él quien la hizo publicar y la dió á conocer), ni que su embajador hubiera podido mezclarse en aquel plan, el cual sería sin duda una intriga de la corte de España ó una maquinación de la Inglaterra; y añadiendo, que complicar en aquella calumnia su propio nombre, era un agravio que exigía la reparación debida al decoro del imperio (11 de noviembre). Quiso también conocer lo que el príncipe de la Paz decía á Izquierdo, y le hizo llamar. Pero ántes tuvo éste varias conferencias y esplicaciones con el mariscal Duroc, con el príncipe Murat, con el de Benevento y con el ministro Champagny, los cuales todos le informaban de lo enojado y colérico que había puesto al emperador la carta de Carlos IV. y de su inquietud por el giro que podrían tomar los sucesos de España, y la suerte que podría correr el príncipe de Asturias. Izquierdo no tuvo dificultad en enseñar su despacho, con lo cual pareció templarse un poco las iras de Napoleon.

Llegó en esto á París (15 de noviembre) el pliego que llevaba la noticia del perdón del príncipe de As-

turias, juntamente con la ratificación del tratado de Fontainebleau. Hallábase Napoleon en vísperas de partir á Italia, como en efecto lo verificó el día siguiente, dirigiéndose á Milan. Perplejo todavía entonces sobre la política que le convendría seguir en los asuntos de España, no viendo aun claro el desenlace que podría tener el drama del Escorial, inclinado en favor de Fernando, pero no fiándose en la debilidad de su carácter, dudando si le estaría mejor tener un aliado sumiso dándole la esposa de su familia que él solicitaba, si dejaría que siguieran reinando Carlos IV. y María Luisa, ó si sería llegado el caso de extinguir la dinastía de los Borbones; en estas incertidumbres, y calculando que con el perdón del de Asturias daban alguna espera los resultados del proceso del Escorial, determinó su viage á Italia, dejando á su ministro de Negocios extranjeros, Champagny, las instrucciones convenientes para que las comunicase á Izquierdo, previniendo además al general Dupont lo tuviese todo dispuesto para entrar á fines de noviembre en España con el segundo cuerpo de la Gironda, llegando solo hasta Valladolid, y enviando á su gentil-hombre monsieur Tournon á Madrid para que indagase qué partido tenía en el pueblo el príncipe Fernando, y qué partidarios contaban todavía Carlos IV. y el príncipe de la Paz.

Las instrucciones de Napoleon, transmitidas por Champagny á Izquierdo, fueron: 1.º Que el empera-

dor pedía que por ningún motivo ni razón se hablara ni publicara en el proceso del Escorial cosa que pudiera aludir á su persona ni á la de su embajador, ni que infundiera sospecha de que ellos habían intentado intervenir en los negocios interiores de España: 2.º Que lo contrario lo miraría como una ofensa que exigía venganza, y que la tomaría: 3.º Que declaraba que nunca se había mezclado ni se mezclaría jamás en las cosas interiores de este reino; ni había sido su pensamiento que el príncipe de Asturias se enlazase con una princesa de Francia, ni menos con mademoiselle Tascher de la Pagerie, sobrina de la emperatriz, prometida hacia mucho tiempo al duque de Aremberg, ni se oponía á que el rey de España casara su hijo con quien quisiera: 4.º Que Mr. de Beauharnais tampoco se entrometería en los asuntos de España, pero que no le retiraría ni permitiría que se escribiese cosa alguna contra él: 5.º que se llevarán á pronta ejecución los convenios de 27 de octubre; que no dejarán de enviarse á Portugal las tropas prometidas, y que si faltáran, lo miraría como una infracción del convenio ajustado (1).

Semejantes instrucciones, con las cuales se proponía, sin duda, intimidar y ganar el tiempo necesario para arreglar los negocios de Italia, y en las que se pudo traslucir ya, dado que del todo no se descubrie-

(1) Llorente, Colección de documentos para la historia de la Revolución de España, tom. III., número 420.

ra, la doblez y la falsía con que comenzaba y con que había de proseguir el emperador interviniendo en las discordias de la familia real de España, llenaron de sobresalto la corte, é influyeron visiblemente en el ánimo de los jueces que habían de dar su fallo en la causa del Escorial. Así se explica que ni en la sentencia ni en la relación se hiciera mérito, ni de algunas de las declaraciones espontáneas del príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias con el embajador francés: y así se explica también que siendo el fiscal y varios de los jueces amigos y favorecidos del privado, pesara más en su balanza el miedo á aquellas insinuaciones que la antigua amistad con el válido. Y como al propio tiempo se veía ir penetrando nuevas divisiones francesas en territorio español, sin conocimiento siquiera del soberano, según explicaremos después, y ciertas evoluciones sospechosas en las que acá existían, aquellas intimaciones adquirían un carácter más imponente y temible.

Pero no era esto solo lo que hacía inclinar á un lado el fiel de aquella balanza. El príncipe de Asturias, no obstante las flaquezas en que desde el principio del proceso había incurrido, seguía siendo objeto del cariño general del pueblo español, que en su antigua prevención contra el favorito, y esperando solo del príncipe heredero el remedio de todos los escándalos de la corte y de todos los males de la nación, ignorante de lo que la causa arrojaba, y dispuesto á

verlo todo por el prisma de sus ódios y de sus afec- ciones, atribuía lo que pasaba en el Escorial á trama urdida por Godoy con el fin de acabar de enagenarle el amor de sus padres y de representarle á los ojos de éstos como un hijo desnaturalizado y criminal, ansioso de anticipar la herencia del trono, al cual suponían aspiraba el mismo príncipe de la Paz. Los que se tenían por menos apasionados, propendían cuando menos á disculpar la conducta de Fernando por la opresión y el aislamiento en que se le tenía, ó hallaban en su edad escusa á los compromisos en que sus parciales le habían involucrado. Hasta la petición de una princesa de Francia para esposa, cuando llegó á ser conocida, era interpretada por muchos como un paso conveniente y que podía ser salvador; y aun los que sospechaban del proceder y de las esplicaciones y disposiciones misteriosas de Napoleon, se complacían en creer que su intervencion seria en el sentido que halagaba sus deseos, á saber, en el de proteger á Fernando y derribar al favorito, cuya creencia contribuía á alimentar el embajador Beauharnais. Pocos eran los hombres previsores que vislumbráran pudiese entrar en el pensamiento del omnipotente emperador de los franceses hacer en España una segunda edicion de lo de Nápoles; y aun de éstos, los que apetecían una regeneracion radical en la monarquía, si entonces lo disimulaban, no lo veían con malos ojos.

Observábase que cuando salía de palacio la familia

real, el pueblo permanecía silencioso, y solo hacia demostraciones de contento cuando se presentaba el príncipe Fernando. Cualquier accion de la reina y de Godoy se interpretaba como signo de haber estrechado más sus intimidades, y el acto mas inocente y mas sencillo de Cárlos IV., como el de apoyarse en el brazo de su ministro, se tomaba como un insulto al pueblo y como una ignominiosa degradacion de la magestad. El público acogía con avidez todas las nuevas que se recibían de París desfavorables al válido, y los vetos que allí se ponían relativamente á la causa que se seguía. Todo anunciaba que Fernando seria el astro que no tardaría en brillar á gusto del pueblo, y todo ejercía cierta presión de que acaso los encargados de fallar el proceso no tuvieron el valor suficiente para desembarazarse. Por tanto, no estrañamos haya dicho un respetable historiador, que con dificultad se resguardarán de la severa censura de la posteridad los que en él tomaron parte, los que le promovieron y los que le fallaron, en una palabra, los acusadores, los acusados y los mismos jueces.

En cuanto al príncipe de la Paz, la noticia dada por Masserano, acaso con una exageracion hija de su aturdimiento, de los arrebatos de ira de Napoleon el 11 de noviembre al leer la carta de Cárlos IV., y las instrucciones del emperador á Champagny, transmitidas por Izquierdo, junto con las voces alarmantes que éste le decía circulaban por París, arredraron de tal

modo á Godoy, que el primer efecto de aquella pavorosa impresion fué suplicar al rey que le permitiera retirarse del ministerio, y llamára al gobierno hombres nuevos y ajenos á las discordias que habia en palacio, y contra quienes no tuvieran prevenciones ni el emperador ni el embajador francés. Cuenta él mismo haberle aconsejado la íntima union de toda la real familia, como único medio de resistir con firmeza los peligros que amenazaban por Francia; que el rey se pusiera al frente de los ejércitos franceses y españoles, como podia hacerlo con arreglo al tratado, y que su hijo mandára una parte de las tropas bajo sus reales órdenes; que su retirada convendria para tranquilizar y dar confianza á Fernando, quitar pretextos á sus parciales é instigadores, y quitárselos tambien al mismo Bonaparte: que el rey llamó á su hijo, y que ambos le manifestaron los deseos y le propusieron las indicaciones que acababa de hacer el de la Paz; pero que Fernando, haciendo á éste las mayores demostraciones de agradecimiento por haberle salvado del precipicio á que malos consejeros le habian ido arras-trando, suplicó á su padre no le permitiera retirarse y abandonarlos en tales circunstancias; y que habiendo rechazado con empeño así el monarca como el príncipe su propuesta de retiro, le fué forzoso resignarse á continuar en el ministerio para sufrir el tropel de amarguras que le esperaban. De la certeza ó inesactitud de este incidente, que con prolija y minuciosa es-

tension refiere el príncipe de la Paz en sus Memorias, no nos es dado á nosotros responder, porque no lo hemos visto ni contradicho por otros, ni confirmado; pero en el estado de aturdimiento y de trastorno en que á la sazón se hallaban todos, no negaremos la posibilidad de lo que en otro caso nos parecería á todas luces inverosímil.

Faltábales resolver otra cuestion; ¿habia el rey de satisfacer á las quejas del orgulloso emperador? Y en tál caso, ¿en qué forma habia de contestar á las amenazadoras instrucciones de 18 de noviembre? Resolvióse, al fin, que el desagravio fuese de la misma índole que habia sido la que se tomó por ofensa, á saber, otra carta de su puño á Napoleon. En esta carta, uno de tantos documentos de aquella época que hacen padecer al historiador, decíale Carlos IV. que al denunciarle la conducta irregular del embajador Beauharnais en sus relaciones clandestinas con el príncipe heredero, no habia sido su intencion atribuirle ni suponerle la mas pequeña connivencia con aquel ministro; que una de las razones por que habia sentido más semejante proceder, era porque de él pudiera deducir el emperador que el monarca español era poco amigo suyo y de la Francia; que á haber sabido que su hijo deseaba enlazarse con una princesa de la familia imperial, de ningun modo se hubiera opuesto á sus deseos; que si aun persistia en ellos, no solo le daría el mas pleno asentimiento, sino que tendria la mayor complacencia